

VALE LA PENA CONFIAR Y ESPERAR EN DIOS Romanos 8: 14-18

La Palabra de Dios se puede aplicar a todos los aspectos de la vida diaria; por eso es tan actual; nunca pasa de moda. Usted puede leer un pasaje y Dios le guía para enfocarlo en algo que sea de provecho para usted o algo que está necesitando y lo aplique a esa situación. Después puede volver a leer el mismo pasaje y Dios le puede hablar de manera diferente, ahora enfocando en otro aspecto de su vida para que lo aplique. La interpretación siempre es la misma, pero la aplicación puede variar. Pero la regla es que, para poder aplicar bien un mensaje Bíblico, tenemos que interpretar bien para no forzar un versículo para que diga lo que yo quiero que diga. Así, hoy quiero enfocar este pasaje Bíblico en el sufrimiento de los padres por los hijos.

Para quienes somos padres, no sé si les ha pasado alguna vez, o le esté pasando en este mismo momento que ha perdido la esperanza de algo que con mucha fe le ha pedido al Señor respecto a su hijo o hija y no ha llegado. Se siente desfallecer, sin ánimos y sin fuerzas para seguir y puede tomar la decisión de abandonarlo todo, hasta su fe, porque piensa que no es la voluntad de Dios, o que Dios no le escucha, o hasta puede pensar que Dios no lo quiere a usted, o no quiere a su hijo. Pero la Santa Palabra de Dios nos enseña a **confiar y esperar en Dios**. Ciertamente puede ser un proceso largo y difícil, una lucha entre la mente y el corazón, entre la razón y la fe, pero la Palabra de Dios nos dice que **vale la pena confiar y esperar en Dios**.

San Agustín de Hipona, uno de los grandes Padres de la Iglesia, fue un hombre cuya madre los educó con los principios cristianos, pero Agustín decidió vivir su propia vida desenfundada y se apartó, abrazando, incluso, una corriente filosófica que contradecía todos los principios Bíblicos como su norma de fe; cada vez estaba más perdido. Su madre nunca dejó de orar por él todos los días, hasta que a la edad de 31 años Agustín se arrepiente y viene a los pies del Señor, convirtiéndose en uno de los más grandes teólogos de la historia de la Iglesia.

Mucho más recientemente encontramos a Pablo Olivares, quien era un cantante argentino de rock pesado (heavy metal). Las letras de sus canciones eran verdaderos himnos a satanás. Su madre era cristiana y lo

educó en el amor a Dios, pero Pablo decidió tomar su propio camino alejado de Dios y de su familia. Un día, estando en la ciudad de México para dar un concierto, fueron asaltados todos los miembros de la banda por unos ladrones asesinos. A Pablo uno de ellos le apuntó con la pistola directamente en la cabeza y le preguntó: “¿crees en Dios?” En el segundo en que pensó para responder a Pablo se le vinieron todas las escenas de cuando era niño y su mamá le cantaba un canto cristiano llamado: “Poema de Salvación”, que dice: *Cristo moriste en una Cruz, resucitaste con poder. Perdona mis pecados hoy, se mi Señor y Salvador. Cámbiame y hazme otra vez y ayúdame a serte fiel. Cámbiame y hazme otra vez y ayúdame a serte fiel.* Pablo le respondió a su agresor que sí creía en Dios y el asaltante aquel le dijo: “*qué bueno que dijiste que sí crees en Dios, porque si hubieras dicho que no, te hubiera matado*”. Su madre nunca dejó de orar por él todos los días hasta que Dios lo trajo de vuelta al camino. Hoy Pablo sólo le canta a Dios.

Como estos dos, existen miles y miles de testimonios de padres que nunca dejaron de doblar rodillas por sus hijos hasta que volvieron al camino del Señor; padres que, seguramente en algún momento se desesperaron y cuya fe se debilitó, pero que aun así no dejaron de doblar rodillas por sus hijos hasta que finalmente obtuvieron la victoria. Padres que pueden testificar que **vale la pena confiar y esperar en Dios.**

Este capítulo 8 de la Carta del Apóstol San Pablo a los Romanos nos enseña qué fue lo que pasó con la madre de Agustín de Hipona, con la madre de Pablo Olivares y con los miles y miles de padres que han orado por sus hijos hasta ver cumplidas sus oraciones. Hoy veremos unos versículos y la semana que entra veremos más.

Cuando hay una necesidad y estamos en sufrimiento y dolor y nos ponemos a orar, tenemos que recordar y creer siempre que:

1. Los hijos de Dios nos dejamos guiar por el Espíritu Santo (v.14). El Espíritu Santo nos guía a la obediencia y nos guía a buscar a Dios, nos da la fuerza necesaria para no desfallecer y hasta nos ayuda a orar cuando no sabemos cómo hacerlo (v.26). Él hace todas estas cosas y más si tan solo nos dejamos guiar por Él. Nos dejamos guiar por Él cuando lo buscamos en oración, cuando estudiamos y meditamos su Palabra y cuando nos habla a través de un maestro, o un predicador o una persona madura en la fe. El Espíritu Santo hace morir en nosotros las obras de la carne, es decir, el pecado y todo lo que nos aleja de Dios como el

desánimo, el cansancio, la desesperanza y la falta de fe. La vida es una lucha diaria en contra de estos agentes del mal que nos quieren alejar de Dios; es una lucha constante entre la carne y el espíritu, el pecado y la santidad, la mente y la fe; pero todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios saben que llegarán a la meta victoriosos.

2. Los hijos de Dios no tenemos temor (v.15). Esto es verdaderamente poderoso. La palabra Abba es una palabra aramea que significa *papá* pero en una forma cariñosa. Es como decir *"papito"*. Esto nos habla de la confianza y la seguridad que tenemos cuando nos acercamos a Dios. Él nos ve verdaderamente como sus hijitos y nosotros tenemos que verle como nuestro Padre.

Existen varias palabras en griego para decir hijo. La mayoría se refieren a nosotros para llamarnos hijos o niños de Dios. Hay una que siempre se usa para el Señor Jesús al llamarle Hijo. Aquí Pablo usa esa misma palabra que se usa para el Señor como Hijo para llamarnos hijos a nosotros. Esto es lo que significa que somos adoptados; que Dios nos ve verdaderamente como sus hijos. En la ley romana, la adopción significaba que el adoptado pierde toda relación con el pasado y adquiere todos los privilegios, derechos y responsabilidades de la nueva familia exactamente igual que si hubiera nacido dentro de ella.

El Apóstol Pablo le escribió a los Hebreos que podíamos acercarnos confiadamente al trono de la gracia, es decir, al trono de Dios. Dios siempre nos escucha, es nuestro Papito Hermoso. Clamar significa literalmente *gritar* y refleja la intensidad de nuestro ruego; tiene el sentido de orar y si Él nos escucha y nos ve y nos trata como sus hijos de verdad, no tenemos por qué sentir temor de nada. En Él estamos seguros y podemos descansar.

3. Los hijos de Dios nunca perdemos nuestra identidad en el Señor (v.16). El Espíritu Santo hace que los creyentes siempre estamos conscientes de quiénes somos para el Señor: sus hijos. No perder de vista esto es esencial para mantenernos en la fe y fortalecerla cada día más. El Espíritu Santo no puede dar testimonio de los privilegios de hijos a quienes no son hijos de Dios por la fe en el Señor Jesucristo. No todas las personas son hijos de Dios. Todas las personas son criaturas de Dios y hasta que reciben a Cristo como Señor y Salvador se convierten en hijos de Dios como dice el Apóstol Juan: *"Pero a quienes lo recibieron y creyeron en Él, les concedió el privilegio de llegar a ser hijos de Dios. Y son hijos de Dios, no por la naturaleza ni los deseos humanos, sino porque Dios los ha engendrado"*

(Jn. 1:12-13). Nadie puede llamar a Dios Padre si el Espíritu Santo no está en la persona y nadie puede tener al Espíritu Santo si no ha creído en Jesucristo como Señor y Salvador entregado su vida a Él.

No perder nuestra identidad en el Señor nos hace vivir llenos de paz, de confianza y de esperanza.

4. Los hijos de Dios compartimos la misma herencia de Cristo (v.17).

Tenemos una gloria futura en el cielo garantizada (Ef. 1:13-14). Hasta este punto nos ve Dios como sus hijos. *Coherederos con Cristo* significa “*juntamente herederos con Cristo*”, es decir, compartimos la misma herencia de Cristo. Esto nos debe llenar de ánimo y confianza de saber que Dios nos escucha con interés. En otras palabras, nosotros participamos de la herencia de Cristo, su herencia es compartida con nosotros. Como dije antes, Pablo usa la figura de la ley romana en donde se estipulaba que el hijo adoptado gozaba de todos los privilegios de la familia exactamente igual que si hubiera nacido en ella.

Pero hay una condición: padecer juntamente con Él. El camino que recorrió el Señor para regresar a su gloria fue un camino de sufrimiento. Él fue maltratado, rechazado, hecho burla, azotado, coronado con espinas, escupido, crucificado y muerto. El Apóstol Pedro también piensa lo mismo que Pablo (1P. 2:21). Gracias a Dios nosotros no tenemos que pasar esto, a menos que el cristianismo aquí fuera abiertamente perseguido por el gobierno y por las religiones del país. Entonces, padecer con Él significa soportar toda clase de pruebas en donde la fe se pone en riesgo y salir adelante; entonces vendrá la recompensa. Aunque Pablo habla de la esperanza futura del cielo, el principio también aplica a la recompensa aquí en la tierra.

5. El sufrimiento tiene recompensa (v.18).

Confiar y esperar en Dios sufriendo las aflicciones de la vida tienen recompensa. Las madres de Agustín de Hipona, de Pablo Olivares y miles y miles de madres y padres más que dan testimonio, son prueba de ello. Otra vez, Pablo se refiere aquí a la esperanza futura en el cielo, pero el principio también se aplica para la esperanza aquí en la tierra. Vale la pena confiar y esperar en Dios porque el sufrimiento terrenal no es eterno. Después de la tempestad viene la calma; cuando está más oscuro es señal de que ya va a amanecer. Cuando se toca fondo es señal de que se tiene que subir.

Hay una relación entre los padecimientos y la gloria. Los padecimientos o aflicciones son la prueba de nuestra fe; la gloria es la recompensa. El Señor Jesús dijo: “*Les digo todo esto para que encuentren paz en su unión*”

conmigo. En el mundo, ustedes habrán de sufrir; pero tengan valor: Yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33). Hay una gloria futura que es eterna, pero también hay una gloria terrenal. Cuando esta gloria es alcanzada, uno mira atrás y dice: **“valió la pena confiar y esperar en Dios”**.

Conclusión.

Todos los hijos de Dios hemos pasado por tiempos difíciles en los cuales nos ha tocado sufrir. A veces ha sido por causa de alguna enfermedad. En otras ocasiones ha sido la muerte de un ser querido, el despido de un trabajo, o por algún mal que otra persona les haya hecho. En cuanto a nuestros hijos, muchas veces hemos sufrido porque no vemos que estén en buenos pasos y rechazan escuchar de Cristo. Sufrimos porque vemos cómo ellos consumen poco a poco sus vidas y nos sentimos impotentes, inútiles para ayudarlos porque ni ellos mismos reconocen que necesitan ayuda y no aceptan la que los padres les quieren dar. Cada día que pasa el sufrimiento es mayor y también la desesperación y a veces nos dan ganas de dejarlo todo, especialmente dejar de orar por ellos.

En medio de la aflicción siempre surge la pregunta: “¿Por qué?” Dios no siempre manda una respuesta específica para cada ocasión en que nos encontramos. A veces nos quedamos con esa interrogante durante largos días, semanas, o aun años, sin encontrar la contestación. Sin embargo, Dios nos ha dado algunos principios en su Palabra que nos sirven de guía y que se aplican en forma general a cualquier tipo de sufrimiento, para enseñarnos que hay una esperanza y que por lo tanto, **vale la pena confiar y esperar en Dios**.

Pablo escribió al inicio de su Carta el mensaje del Evangelio que establece que los justos vivirán por la fe en Cristo (Ro. 1:17). Este Evangelio debe producir un cambio radical en la vida de quien ha confiado en Cristo de verdad; debe resultar en una vida santa, y en una vida de esperanza, una vida de fe. Pablo explica la relación que existe entre el sufrimiento y la vida santa: un fruto de ella es aprender a tener paciencia en las aflicciones y aprender a **confiar y esperar**.

Este capítulo 8 de la Carta de Pablo a los Romanos es mi capítulo favorito en toda la Biblia. Creo que aquí se resume perfectamente bien toda la manifestación del poder de la gracia de Dios y la seguridad y la esperanza de todo hijo o hija de Dios. Y aunque hoy enfoqué en el sufrimiento y la esperanza de los padres por los hijos, los principios

también aplican en el caso de los hijos por los padres, los hermanos por los hermanos, etc; por cualquier situación que involucre sufrimiento.

Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, pero yo creo que esta frase no aplica en el cristiano. Yo digo que la esperanza nunca muere, que Dios está con nosotros, que Dios nos escucha y nos atiende y que, por lo tanto, **vale la pena confiar y esperar en Dios hasta el final.** Amén... Vamos a orar...